

La vida continúa su “cauce” –

Visita al departamento de Córdoba, Colombia, durante la emergencia invernal 2007



© UNICEF Colombia/2007/Bernardo Nieto
Las inundaciones afectaron a familias, sus casas, carreteras, escuelas y granjas.

Afortunadamente los cuadernos de Freider, Francisca y Freddy hacían parte de los objetos que la familia pudo sacar de su casa cuando todo se empezó a inundar. En medio de la emergencia, Luz Meida, madre de los tres niños, recordó que el inicio de clases ya estaba próximo y no dudó en incluir los útiles escolares de sus hijos dentro de las cosas que rescató de las aguas del río. Sin embargo, no todos los niños damnificados por las inundaciones en Córdoba corrieron con la misma suerte de los hijos de Luz Meida; el río arrastró en su camino zapatos, cuadernos y maletas de muchos niños y niñas que hoy no pueden ejercer su derecho a la educación.

Con los objetos que pudo sacar de su casa, Luz Meida, su esposo y sus tres hijos, se instalaron en uno de los salones de clase que funcionan como albergue

en la sede principal de la Institución Educativa Sicará, ubicada en el corregimiento El Limón del municipio de San Bernardo del Viento, Córdoba.

Veinte familias, incluida la de los Narváez Díaz, están distribuidas en 6 de los 11 salones con los que cuenta la institución educativa. Sin embargo, las actividades escolares siguen activas en la escuela y actualmente se dicta clase en doble jornada. Luz Meida explica que mientras están viviendo allí, las familias colaboran para no interrumpir las clases de los niños: “nosotros salimos de aquí a las 6 de la mañana y organizamos las camas en un rincón para que los alumnos no se metan con nuestras cosas y nosotros no les estorbemos. A las 5:30 de la tarde nos volvemos a venir para acá”.

De ese modo, la Institución Educativa Sicará funciona simultáneamente como albergue y como escuela, en donde familias damnificadas y estudiantes tratan de seguir adelante con su vida compartiendo el mismo espacio. Obviamente, la normalidad llega hasta donde la inundación lo permite, puesto que algunas de las actividades cotidianas de los habitantes del corregimiento El Limón se han paralizado a causa del mal estado en el que quedó la carretera que comunica al pueblo con el municipio de San Bernardo. Incluso muchos niños no pueden ir a la escuela por esa razón.



© UNICEF Colombia/2007/Bernardo Nieto
Los salones de la escuela Sicará sirven como hogar.



© UNICEF Colombia/2007/Vanessa Molina
Luz Meida y otras mujeres preparan comida para niños v familias.

Luz Meida participa junto con las demás mujeres del albergue en la distribución de tareas que deben realizar en comunidad (como la preparación y distribución de los alimentos), mientras sus hijos reparten el tiempo entre la escuela, las tareas y los juegos. De ese modo, los Narváez Díaz se han adaptado al albergue, durmiendo en un salón de clases en el que comparten techo con Yamile del Carmen, una sobrina de Luz Meida que tiene 17 años y es madre de Ángel David, un bebé de once meses.

Como ellos, las demás familias se han acostumbrado a vivir en la escuela ante la falta de opciones, teniendo que enfrentar los problemas de salud e higiene que se viven en el lugar. Por la falta de agua potable, las familias del albergue deben bañarse

en el río, de allí toman el agua que consumen, después de agregarle una mezcla de cloro e hipoclorito y hervirla. Sobra decir que este mecanismo precario de tratamiento de agua no mejora la calidad del agua hasta el nivel requerido y de ella se están abasteciendo las familias del albergue.

De cualquier modo, a Luz Meida la tranquiliza que sus hijos no tuvieron que suspender sus clases y por eso enfrenta con paciencia los problemas del albergue. “Nosotros somos pobres, señor. Yo no sé ni leer ni escribir, y ¿sabe usted por qué?, porque mis viejos no tenían esas capacidades de enseñarle a uno nada, porque ellos no sabían. Por eso yo a mis hijos siempre los he enseñado a que estudien y a que no les de miedo hablar” asegura la mujer de 35 años, que presenta orgullosa a sus hijos.

Francisca, la segunda de los tres hijos de Luz Meida, tiene once años y está en cuarto de primaria. Habla con desparpajo, con palabras rápidas y sonoras, con un marcado acento costeño. Según dice, le gusta mucho estudiar porque quiere ser profesora cuando grande; quiere ser como su ‘profe’ Claudia Patricia: -“La seño nos saca la fotocopia, nosotros la estudiamos y ella nos hace examen de eso”, explica Francisca, quien cuenta con entusiasmo que en su clase de “naturales” está aprendiendo cómo funcionan las células y que en matemáticas le enseñan a realizar operaciones con fraccionarios.



© UNICEF Colombia/2007/Vanessa Molina
Francisca y su hermano menor, Freider, nos mostraron el hogar rústico.

Por su parte, Freider, el hermano menor de Francisca, tiene tres años y está en grado cero. Igual de espontáneo a su hermana, responde con fluidez cuando le preguntan qué está aprendiendo en la escuela: -“aaa, bee, cee,...”, y mientras responde como si le estuvieran tomando la lección, mira sonriente a su mamá, satisfecho de haber demostrado que su hermana Francisca no es la única juiciosa de la familia.

Orgullosa de lo que dicen sus hijos, Luz Meida se da cuenta de que le falta por presentar al mayor de ellos. -“Ajá, llámame ahí a Junior”, le dice la mujer de 35 años a su hijo Freider, quien con obediencia sale del aula apurado, gritando por los corredores el nombre de su hermano mayor.

Casi de inmediato aparece Freddy, o junior, como lo llaman su mamá y sus hermanos, quien, a diferencia de Francisca y Freider, saluda tímidamente, quizá un poco intimidado por el entusiasmo y la



expectativa con que su mamá lo presenta. - “Mire seño, si el ya es un hombre. Además los profesores siempre me dicen que él es el más despierto de su clase”.

Con la mirada fija en el piso, Freddy se presenta y habla respecto a su colegio y sus aspiraciones, porque a pesar de que aún le quedan cuatro años para acabar el bachillerato, Freddy tiene claro que cuando termine viajará a Venezuela donde viven sus padrinos: “Ellos me prometieron que me ayudaban a estudiar lo que quisiera. Y yo quiero estudiar sistemas”.

Luz Meida se muestra complacida respecto a los planes de su hijo, pues según asegura, ella siempre les ha inculcado a los tres niños el interés por el estudio y los alienta para que asistan a la escuela, pues está segura de que la educación es el camino para que ellos puedan acceder a un mejor futuro cuando crezcan.

Quizá por eso Francisca está tan contenta con sus clases, aunque según ella misma cuenta, hubo un tiempo en el que las cosas no eran así. -“Yo he perdido dos años, porque estaba con las peladas y ellas me enseñaron mal, y yo me atrasé mucho. Todo fue por estar en las ‘juntillas’”.¹ Francisca cuenta esta historia con actitud de adulta, con el tono de madurez de quien aprendió la lección, y dice que no se quiere atrasar más para no terminar como su prima: “ella estaba en diez y se salió del colegio porque se fue con el novio... con el marido mejor dicho. Y ahora quiere validar.”

De ese modo, los Narváez Díaz pasan los días en el albergue, haciendo de cuenta que la vida sigue su curso natural a pesar de no estar durmiendo en su casa. Para fortuna de Luz Meida sus hijos no se quejan de las molestias que deben afrontar en ese salón de clases que se ha convertido en su hogar

temporal. Freider tose por un resfriado que lo ha tenido con fiebre durante los últimos 4 días, pero eso no le impide seguir sonriendo mientras posa con sus cuadernos para las fotos. No obstante, el deseo de regresar a su casa es latente y Luz Meida aguarda con paciencia el momento en el que puedan regresar: - “Toca esperar seño, pedirle a Dios que el agua baje, y ya”.



Vanessa Molina, Septiembre 2007

¹ En los municipios de Córdoba y en otras ciudades de la costa colombiana se le dice “juntillas” a los grupos de niño, niñas o adolescentes rebeldes e indisciplinados. Estar con las “juntillas” es andar con malas influencias.